EN EL PRÓXIMO NÚMERO

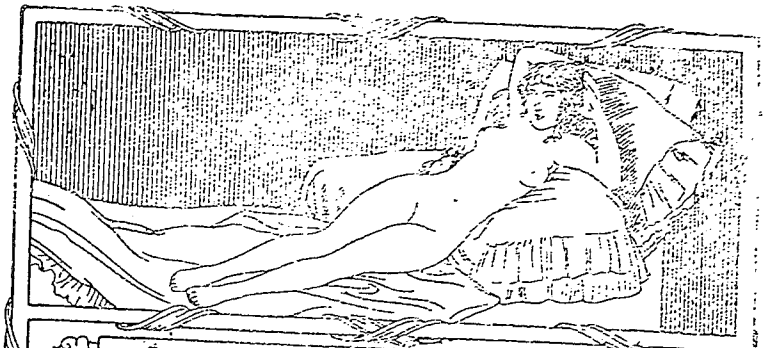
LA PECADORA ENAMORADA

POR

EVA LEÓN

1926

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. MADRID



LA NOVELA PASIONAL

Juan Caballero Soriano.

EL BESO DE LESBOS

NOVELA

Ilustraciones de Mel

BIBLIOTECA MADRID



Año III N.° 75

PRENSA MODERNA
MADRID

LEA USTED

LA EQUIVOCACIÓN DEL DOCTOR VORONOFF

NOVELA EROTICA

INTERESANTE Y MORBOSA

PINTORESCA Y AUDAZ

DE JUAN CABALLERO SORIANO

Juan Caballero Soriano, nuestro colaborador tan perseguido por las iras de la mojigatería, a quien sus novelas eróticas han puesto en trance de tener que ser librado de una condena por un oportunísimo indulto, ha escrito en *La equivocación del doctor Voronoff* una de sus obras más originales, más valientes y más sensuales, plena de audacias realistas, de escritor bien templado en sus convicciones literarias, y de indudables aciertos de observación y narrativos.

EJEMPLAR, 4 PESETAS

PEDIDOS A

PRENSA MODERNA

APARTADO 2012.—MADRID

El beso de Lesbos

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Felicia Argoti es todo lo que se dice una hermosa mujer. Regular de estatura, llena a conciencia el ideal del más ardiente de los voluptuosos, pues su cadera es opulenta, sus senos pomposos, la garganta mantecosa y nívea, los muslos macizos y curvados y las pantorrillas frágiles de tobillo, pero gorditas y torneadas en la pulpa posterior.

A Felicia Argoti no le gustan los hombres, y tiene un concepto lastimoso de todos ellos. Sus razones tiene Felicia para ser así. Aunque, la verdad, todos los hombres no son como el mal hombre que la obligó a detestarnos a todos.

Tenía Felicia entonces diez y seis años; era una deliciosa tobillerita todo candor e inocencia; soñaba, como todas, con el príncipe ruso que la sacara del hogar paterno y la hiciera la más feliz

LEA USTED

LA EQUIVOCACIÓN DEL DOCTOR VORONOFF

NOVELA EROTICA

INTERESANTE Y MORBOSA

PINTORESCA Y AUDAZ

DE JUAN CABALLERO SORIANO

Juan Caballero Soriano, nuestro colaborador tan perseguido por las iras de la mojigatería, a quien sus novelas eróticas han puesto en trance de tener que ser librado de una condena por un oportunísimo indulto, ha escrito en *La equivocación del doctor Voronoff* una de sus obras más originales, más valientes y más sensuales, plena de audacias realistas, de escritor bien templado en sus convicciones literarias, y de indudables aciertos de observación y narrativos.

EJEMPLAR, 4 PESETAS

PEDIDOS A

PRENSA MODERNA

APARTADO 3012.—MADRID

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Felicia Argoti es todo lo que se dice una hermosa mujer. Regular de estatura, llena a conciencia el ideal del más ardiente de los voluptuosos, pues su cadera es opulenta, sus senos pomposos, la garganta mantecosa y nívea, los muslos macizos y curvados y las pantorrillas frágiles de tobillo, pero gorditas y torneadas en la pulpa posterior.

A Felicia Argoti no le gustan los hombres, y tiene un concepto lastimoso de todos ellos. Sus razones tiene Felicia para ser así. Aunque, la verdad, todos los hombres no son como el mal hombre que la obligó a detestarnos a todos.

Tenía Felicia entonces diez y seis años; era una deliciosa tobillerita todo candor e inocencia; soñaba, como todas, con el príncipe ruso que la sacara del hogar paterno y la hiciera la más feliz

de las esposas, y tropezó con él y se casó. Claro es que si bien al principio el hombrecito fué un devoto de los primores de su pimpante mujercita, a los dos años volvió a su vida de soltero, un poco absurda y disparatada. Felicia había heredado de su madre unas casas en Madrid, y al marido le dió por enajenarlas para atender a una segunda tiple del Alkázar, con la que pasaba la mayoría de las noches. Pronto se dió cuenta la esposa del desahogo de su Rosendo y de lo prima que iba ella resultando, por lo que un buen día, al tomar el dinero de una escritura que firmara por indicación de su *amantísimo* esposo, decidió abandonarlo y fijar su residencia en Barcelona; la venta de la última casa le había producido veinte mil duros; los colocó en el Banco y decidió vivir de su rentita como pensionista en una casa de señoras solas de la Diagonal, hoy Avenida de Alfonso XIII.

Felicia adivinó en cada una de aquellas damas que convivían con ella una historia más o menos parecida a la suya. Viudas, solteras un poco pasadas y casadas separadas del marido—*que hoy son legión*—eran la mayoría de las huéspedas de Madame Berta, patrona de la casa.

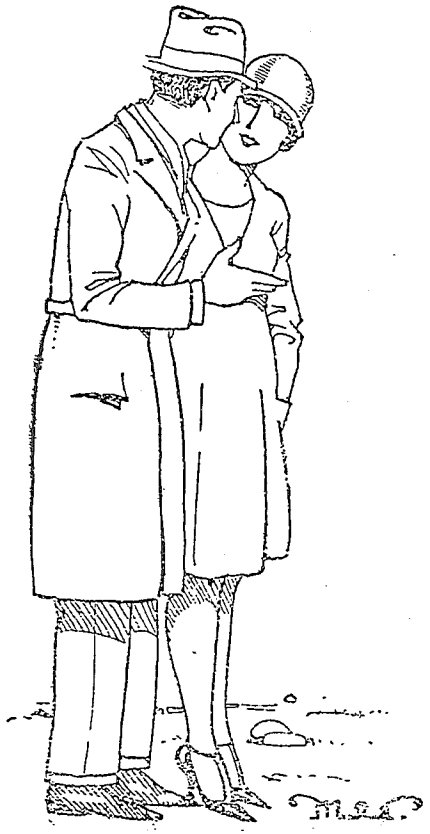
La habitación de Felicia tenía dos balcones que daban a la Diagonal y a la calle de Enrique Granados; desde ellos se divisaba todo el panorama de la montaña y un desgarrón del azul Mediterráneo. En las tibias noches del verano barcelonés era un encanto contemplar las sartas de brillantes del funicular al Tibidabo y el elevador todo iluminado, que señalaba como un índice incendiado a la estrellada bóveda celeste.

Los primeros meses discurrieron para Felicia un poco tristes. El pasado tenía para ella facetas que todavía la deslumbraban un poco. ¿Qué habría sido de Rosendo? ¡Qué sorpresa la suya cuando llegara al piso y se lo encontrara vacío, silencioso, sin ella y con una lacónica carta en lo que todo se resumía en aquella palabra "ADIOS". Se lo merecía. Hacerla de menos por una mujerzuela que enseñaba el trasero todas las noches a los hombres. ¡Qué horror!

Pero ya estaba más serena. Sus negros ojos habían recobrado su pristina luz y alegría, y sus labios, húmedos y rojos, se incendiaban como flores de granado.

Por el paseo de enfrente cruzó una parejita. El galán iba vertiendo sus mieles en las rosadas orejitas de la jovencita, que se apoyaba en su brazo; ella lo escuchaba con arrobo, embelesada. ¡Pobrecita! ¡Cuánta mentira le iría diciendo el gran tuno! Y luego, ¿para qué?: para, cuando vencida cayera en sus brazos, hacerla víctima y mártir. ¡Oh, los hombres! ¡Qué perros eran todos! ¡No merecían compasión! ¡Ah!, lo que es a ella no volverían a embromarla, no. La ternura

que sintió por aquella jovencita que pasaba arrancó en su corazón un sentimiento de amoroso anhelo y se prometió a sí misma tener una amiguita con la que poder salir y divertirse, a la que poder decir bellas palabras y a quien sustraer del demonio de los hombres.



Las siete de la tarde. En las butacas de mimbre del Paseo de Gracia buscan acomodo las familias que no [illegible] de la ciudad condal durante el veraneo. Se forman peñas de señoras y señores, de muchachos y jovencitas, de muchachos solos y muchachas solas. Animadísimo aquel trozo de la urbe, es el mentidero en el que todas las murmuraciones tienen su campo abonado y todos los chismes su explosión y circulante modo de publicidad.

Unos niños bien, alardeando de despreocupación, casi se acuestan sobre los butacones y ponen sus pies en otro. Hablan de mujeres:

—Te digo que esa chica hace citas en la de Madame Pepita—asegura un rubio azafranado.

—¡Pues si es mecanógrafa de Pi y Tolón!

—Pues a pesar de eso se acuesta por cinco du-

ros con los tíos—insiste el jovencito de cabeza de mazorca de maíz.

—¿Tú la has visto allí?—pregunta otro joven que ofrece todo el aspecto del más perfecto degenerado, lleno de granos, con el cuello cubierto con una venda negra, pero bien vestido y luciendo un magnífico alfiler de corbata.

—Sí; el sábado fuí con Zaragoza, el de la fábrica de curtidos, y la vi cuando se dirigía al cuarto con un socio.

—Pues, chico—comentó el *granuja* de los granos y la venda—, yo la sigo esta tarde, y como vaya allí me doy el gran verde.

Siguieron comentando sobre el mismo tema. Hablando pestes de las mujeres en alta voz, y una señora que estaba cerca se levantó, murmurando:

—¡Qué sinvergüenzas!

Aquella mujer era Felicia.

La deliciosa morena vestía un traje de seda azul con gran cuello blanco a la valona; bajo el casquete de paja negra, dos rizos negros acaracolados escapaban rebeldes. La falda corta mostraba el hechizo de las torneadas pantorrillas, de fino tobillo y alto empeine, que elegantizaba el zapato de ante marrón. Las medias, tabaco brillante y bien estiradas, daban un precioso encanto a tales apetitosas regiones.

Los senos estallaban altivos y arrogantes, mostrando a través de la tela el vértice punzante de los agresivos botoncitos.

Caminó unos cuantos metros y tomó asiento junto a un grupo de lindísimas muchachas, que, sentadas en cómodos mimbreños, formaban corro junto a uno de los bancos que forman la base de las farolas del paseo.

Era aquel grupito como un ramo de gallardas flores femeninas expuestas en una cesta al paso del caminante. Reían, mostrando tesoros de brazos y pechos, brillando las pupilas y aleteando los pechos dentro de las finas blusillas veraniegas.

Sentados con moderna y un tanto pecaminosa coquetería, mostraban hasta la rodilla las pantorrillas, enfundadas en medias color carne, que prestaban un realismo enervador a las piernas adorables.

Felicia lanzó una mirada al corro y pronto sus ojos descubrieron entre todas aquellas encantadoras mocitas una ideal criaturita que, como linda muñeca de bazar, se destacaba con el prestigio de su belleza de ensueño.

Era una rubia de ojos claros y rosada tez que apenas contaría los diez y seis años. En áureos madejones caía el cabello sobre los hombros combados. Bajo el ligero trajecito azul los senos eran dos pitones que quisieran rasgar la delicada tela. Muy corta la falda, mostraba bajo el volante dos soberbias pantorrillas, admirables de hechura, que

las sedeñas medias rosa enfundaban lindamente. El zapatito-sandalia, de raso negro, ponía un cocotesco sello mundano y frívolo que apicaraba a la virgencita, dándola un valor extrañamente carnal.

Felicia la miró largamente, con húmeda mirada acariciante, tierna; dijérase que al mirarla pensaba con pena:

—He ahí otra víctima más para los hombres. ¡Pobrecita! ¡Qué ángel tan divinamente humano!

Pronto la compasión se trocó en otro sentimiento más material, más orgánico, más de la epidermis. Al contemplar aquellos muslitos que la ligera tela ceñía, al recorrer las gentiles piernecitas de la púber, Felicia experimentaba una dulce sensación voluptuosa; hubiera querido estrechar sobre su corazón aquella encantadora muñequita, besuquearla en los encendidos labios, en los rosados párpados, en las diminutas orejitas, en todo el cuerpo, en fin, que adivinaba enloquecedoramente ambarino y tibio.

¡Qué deliciosamente encantadora estaría la preciosa y áurea *poupée* en camisita azul corta, con las medias rosa sujetas al muslo, de color de membrillo claro, estrangulado por las ligas de terciopelo negro!

¿Y por qué no intentar admirar tan peregrino encanto en la intimidad confortable y perfumada de su alcoba solitaria?

El Amor, sentimiento excelso de las criaturas, no debía ser de aquella relatividad bestial a que lo reducían los hombres, no; por encima del gesto inapelable del geniecillo de la especie debía de haber otras más exquisitas modalidades.

Siguió mirando a la rubita, y cada vez fué más vivo su deseo de entablar con ella una dulce *amistad*.

Sonrió, y un clavel de rubor estalló en cada una de sus mejillas. En aquel momento la nena de las crenchas de oro y los inmensos ojos claros volvió la cabeza hacia ella, y entre las dulces e inocentes pupilas y las brasas inquietas de Felicia se estableció una corriente de simpatía, que se tradujo en dos isócronas sonrisas.

Ya, a cada instante, siempre que la jovencita decía cualquier cosa, volvía su mirada a la bella desconocida, como esperando la aprobación de aquellos hermosos ojos de un negro de pecado.

Felicia esperó a que al llegar la hora de cenar se disolviera el alegre cónclave y seguir como casualmente a la rubita.

No tardaron en cumplirse sus deseos; a la llegada de unas señoras, las mamás se levantaron y con risas y besos se despidieron, citándose para el Coliseum varias de ellas y pretextando otras no poder acudir.

—Hasta mañana, Aurora—dijo al despedirse una morenita vivaracha, poniendo un largo beso

en la sangrienta flor de los labios de la ideal rubita.

¡Aurora! ¡Aurora!

Eso sería para Felicia aquella criatura, un amanecer de mayo en su vida truncada por un mal hombre, egoísta y cruel.

Aurora atravesó el Paseo de Gracia dando el brazo a una señora ya anciana, cuyos rasgos adivinábanse eran precursores de aquellos delicadísimos de la muñeca.

Esperaron el tranvía que ascendía a Gracia, y Felicia siguió, cuando éstas subieron, acomodándose junto a la nena.

—No puede negar esta jovencita que es hija suya—le dijo a la madre.

Así comenzó una amistad que pronto se convirtió en pecador sentimiento; pero de una tan exquisita expresión que merece lo describamos como se merece.



Aurora Lebrel y su madre viven en Gracia, en la calle de la Granada, en una torre de las muchas que se alinean a lo largo de la vía del ferrocarril de Sarriá. Tiene sólo planta baja y es la alegría del hotelito el precioso jardín, lleno de macetas, en donde florecen sangrientos claveles, pomposos geranios y delicadas rosas de te.

En un ángulo, un jaulón con palomas; en otro, un cenador todo cubierto de azules campanillas.

Aurora, cuando llegó aquella noche a su casa, había notado que la señora hermosa del Paseo de Gracia la seguía, y pudo observar que, al entrar en el pequeño zaguán de la torre, la dama le dirigió una mirada de adiós, como diciéndola: —¡Hasta mañana!

Después siguió, con su madre, hacia el interior de la casa y, cuando curioseó a través de la ven-

tana de su alcoba, que daba a la calle, vió que la elegante perseguidora tomaba un auto y, al cruzar frente a ella, sacando la mano por la ventanilla del carruaje, la saludaba cariñosamente.

—¡Qué extraño!—pensó Aurora—. ¿Por qué me seguirá a mí esa mujer? ¡Y es guapa, guapísima!

Recordó entonces la mirada negra y brillante de aquellos ojos imponderables; en aquella mirada había toda la tierna simpatía de un alma que, a través de ellos, pidiera amor, mucho amor.

Aurora quedó pensativa.

—¿Qué te pasa, niña?—le preguntó la madre, mientras cenaban.

—Nada—contestó ella.

—Sí, algo tienes; estás como atontada. A ti te pasa algo. A ver la lengua.

Aurora se echó a reír.

—¡Pero, mamá!

—Nada, tú tienes el estómago sucio.

Aurora sacó la lengua, diciendo después que la hubo mostrado:

—¿Ves cómo estoy bien?

Estaba deseando quedarse sola, y así fué que apenas terminó de cenar buscó la cama presurosa, no para dormir, sino para entregarse a sus anchas a soñar.

Sí, a soñar, porque aquella mirada intensamente negra prometía muchas cosas; tantas, que en

la devanadera de su imaginación florecían como imágenes tentadoras de una extraña perturbadora voluptuosidad.

¡Cómo veía ahora, en la oscuridad de su alcobita de soltera, el cimbreante cuerpo opulento de



Aurorita, inquieta, soñaba...

la misteriosa dama! ¡Qué alucinante blancura tenían aquellos hermosos brazos que, como torneados colmillos de elefante, surgían bajo las cortas mangas! ¿Y las piernas? ¡Qué elegancia en la colocación de ellas cuando estaba sentada en el tranvía!

El comienzo de aquellas pantorrillas había quedado fuertemente grabado en la cabecita soñadora de la blonda Aurora.

Las conversaciones un poco escabrosas de la tarde, el espectáculo de los muchachos al pasar junto a ellas y, sobre todo, el gratísimo recuerdo de aquella mujer que tenía tan especial modo de mirar, habían puesto a la deliciosa rubita en un estado que la mantenía inquietísima en el lecho, no permitiéndola conciliar el sueño.

Le gustaría ser amiga de la señora de aquella tarde. ¿Por qué? No sabía explicárselo; pero deseaba la amistad de la mujer de los ojos negros y espléndido cuerpo. Acudió entonces a completar de perturbar el estado de su cerebro el texto de aquel libro que le prestara el domingo pasado su amiguita Rosa, un precioso tomito titulado *Las memorias de la señorita Safo*, en el que con pulcro estilo se narraban los amores de una extraña francesita que sólo gozó de la voluptuosidad en brazos de otras mujeres, no habiendo nunca conocido la viril caricia del hombre.

Sintió rubor al contestarse a sí misma la clase de sentimiento que había despertado en ella la misteriosa dama; porque, asociando ideas, Aurora iba comprendiendo que en aquel momento su mayor deseo hubiera sido que tan bella mujer caldeara un poco su camita de soltera.

Cada vez su inquietud dentro del lecho era mayor, su intranquilidad se acentuaba más e, inconsciente, su mano se perdía entre los muslos, como temerosa de que por la brecha del sexo se escapara el pájaro de la ilusión.

Entonces creyó sentir como si unas misteriosas pupilas florecieran en la oscuridad de la alcoba, y aquellas pupilas fueran de un negro radiante, como esos brillantes del Brasil, pero con luz dentro.

Con tales imágenes sus pechitos se dilataban, y la frutilla eréctil del pezón se irritaba punzando la tenue camisilla de tul. Un dulcísimo calor se fijaba entre sus muslos y dijérase que, como una mariposa, algo rozaba el pétalo excitado de su virginidad.

Los muslos se abrían despacio, muy despacio, y el dedo buceador, como queriendo cazar aquella mariposa inquieta que se agitaba en la corola sin igual del sexo, se hundió repetidas veces frotador, desvaneciendo en una rosada penumbra el espíritu inquieto y soñador de Aurorita.



Desciende Aurora aquella mañana por el Paseo de Gracia llevando en la mano el *cabás* donde guarda el bañador y la toalla, un frasquito de Colonia y unos chismes de aseo.

Todos los días, a las once, se da aquel gran paseo hasta los baños de San Sebastián, los más elegantes de la Barceloneta.

Se deja sentir el calor bastante, y aprovecha la sombra de los árboles de la calle para huir de los ardientes rayos de aquel sol de julio.

Las dos trenzas rubias, como dos áureas serpientes, caen por la espalda, bajo la pamela de paja de Italia, sujeta con cintas de terciopelo negro a la barbilla. Un trajecito de batista blanco con lunares queda justamente sobre las rodillas, dejando el primor de la elegantísima pantorrilla toda fuera; aquellas piernas de irreprochable he-

chura que aristocratizan las ceñidísimas medias blancas, cuya costura posterior guarda una perfecta verticalidad. Unas flechitas, con exquisitos bordados, que parecen señalar el camino de todas las venturas, apuntan fatalmente la trayectoria del deseo de todos los que contemplan aquel tesoro de nena rubia.

Erguido el busto sobre la flexible cintura, sobre el mimbreño cuerpo de la muñeca, se destaca el prodigio de simetría y una esferoidal turgencia de dos agresivos pechos de mujer-niña, mejor dicho, de niña-mujer.

A su paso surge el florilegio callejero, los mozos vierten en su oído todo el madrigal, un poco subido de color, de las espontaneidades callejeras.

Bajo el sombrero esconde la virgen el rubor, que levanta en sus mejillas explosión de claveles. Sus ojos claros miran recelosos, con temor, bajándose al suelo, como queriendo esconder unas llamitas que arden en las pupilas como de fuegos fatuos.

Al llegar a la plaza de Cataluña y torcer la esquina del Hotel Colón, delante de ella, rebosando alegría en el semblante, Felicia se detiene dispuesta a saludarla.

Aurora no rehuye el encuentro.

Viste la hermosa morena un traje *bes* de espumilla, que se ciñe al portento escultórico de su carne; hacen juego con el traje las medias y los

zapatos de ante de diamantina hebilla. Un casquetillo de paja roja encierra la negra melena brillante, que deja escapar por los aladares dos tiznajos negros que enmarcan graciosamente su cara españolísima, su cara de gitana blanca.

—¡Oh, qué dicha!—exclama Felicia, tendiéndole las manos a la muchacha.

Aurora alarga la suya, que avariciosamente retiene la otra entre las suyas.

Los ojos claros quedan presos de los ojos negros. Desde aquel momento Felicia manda en el corazón de la otra.

—¿Vais de campo?

—Sí...—balbucea Aurora; rectifica—. Digo, no; voy a bañarme. ¿Queréis acompañarme?

Ni ella misma sabe cómo se atrevió a hacer tal invitación.

—¡Encantada! Pero lo mejor será que tomemos un auto; hace mucho calor, y si no nos damos prisa, puede ser que cuando lleguemos allá nos encontremos con que no tenemos caseta. A las doce se pone aquello imponente, lleno de tíos, que exhiben, como si en ello cifraran su orgullo, la flacidez de lo que tienen por exponente de su hombría.

Aurora no comprendió, pero se avino a tomar un auto con Felicia.

Allí mismo, en el punto de esquina a la Rambla, tomaron el taxi, que en pocos momentos las trasladó a los baños.

Bajo el gran toldo redondo de lona listada se amontonaba la gente, solicitando número y ropas para entregarse a las delicias del mar.

Consiguieron, filtrándose entre todo el mundo, que los empleados, que ya conocían a Aurora, las sirvieran, dándoles una caseta, que quedaba precisamente lo bastante separada del resto del balneario.

Felicia se felicitaba interiormente de aquel encuentro, que había ahorrado dar otros pasos para llegar a tan feliz fin.

Aurora, como avergonzada, juzgaba providencial la aparición de quien toda la noche la tuvo tan intranquila. Su corazón latía aceleradamente; más que aquel día que en la plataforma de un tranvía de la Avenida del Tibidabo, aquel joven tan guapo se puso detrás de ella y la acarició con tan *delicada hipocresía*.

¿Pero cómo, desde el primer momento, se habían sentido tan amigas? ¿Qué sentimiento les hizo ver tal naturalidad en su conocimiento?

El mismo por el que dos señores entablan una amistad por sólo tropezarse juntos en la mesa de un café.

Pero no, Aurora sentía por aquella mujer algo más que amistad; era muy raro, rarísimo, el pla-

cer—ESO, EL PLACER—que experimentaba al lado de...

—¿Cómo se llama usted?

—Felicia; tú ya sé que te llamas Aurora, y eso eres, una aurora de mayo rosada y fresca.

¿Pero, señor, qué extraña emoción era aquella que experimentaba al lado de... Felicia?

Llegaron a la caseta. Aurora se permitió decir:

—Hemos debido tomar dos; me da mucha vergüenza.

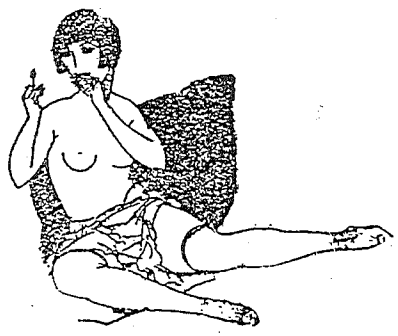
—¡Tontita! ¿De qué?

Se acercó a ella, al abrir la bañera la puerta de la garita, y le insinuó al oído:

—Voy a ser tu doncellita. ¿Quieres?

—Bueno—balbuceó, trémula de ansiedad, la rubita.

... Y entraron.



Cuando se encontraron solas dentro del estrecho y reducido límite de las tablas de la caseta, una especie de embarazo embargó a las dos; parecía como si desde la tarde anterior supieran que habían de encontrarse en un sitio parecido. La misma Felicia, a pesar de tener unos años más que Aurora, lo excepcional de la situación la tenía cohibida. Reaccionó pronto, no obstante, y, tomando a Aurora de la cintura, se la quedó mirando a los ojos, aquellos ojos claros, serenos hasta entonces, para los que se compuso el inmortal madrigal:

Ojos claros, serenos,
que de un dulce mirar sois alabados...

Y después de unos instantes de contemplación la dijo:

—¡Qué linda soi3, nenita!

Música eran las palabras de aquella mujer, y como música cayeron en el corazón de la ideal muñeca.

Era, ante todo, la edad, los diez y seis años de Aurora, que necesitaban frases cariñosas, mimos, ternezas. Por eso, sus ojos claros sonreían dulcemente al escuchar los halagos de Felicia.

Esta comprendió que ejercía un cierto dominio sobre la jovencita, y lentamente fué acercando sus labios a los de Aurora, que, despaci· temerosos y anhelantes al par, salieron al encuentro de los que llegaban con sed, con hambre de sus exquisitas húmedas rojeces.

—¡Lindísima!

Y se fusionaron las bocas, que hacía tiempo deseaban comunicarse su ardoroso afán.

—¡Oh, qué dulce fragancia escapa de tu persona!

—¡Qué hermosa sois!—exclamó la pequeña.

—¿De usted?

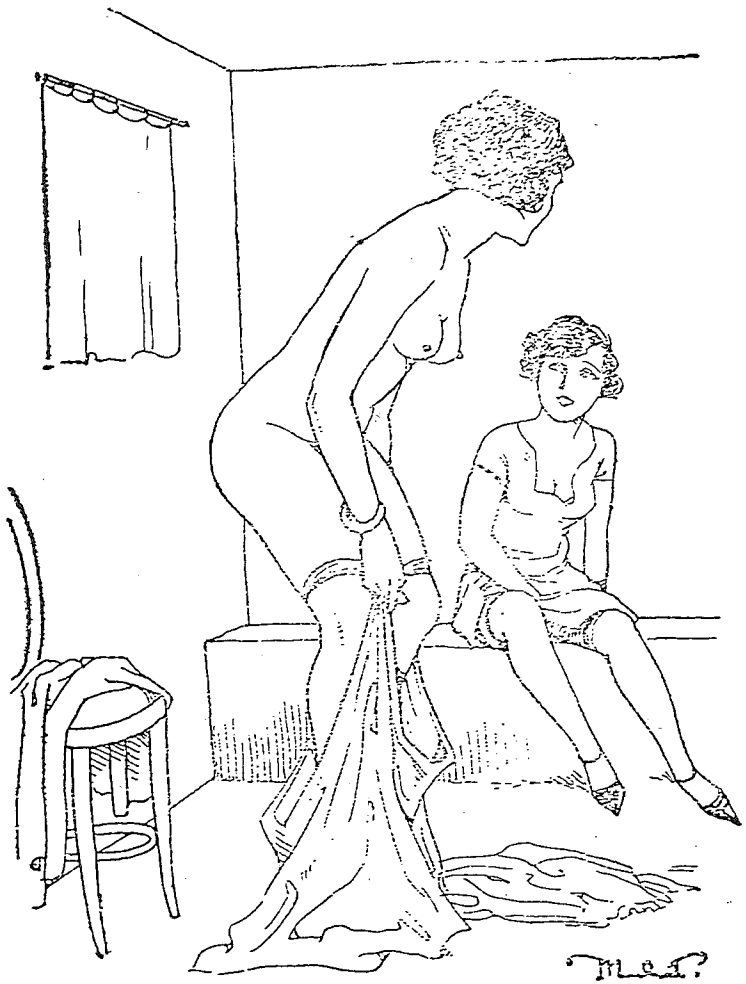
Vaciló un poco la muñequita.

—¡Te quiero!—dijo al fin.

Ya la amorosa inquietud de Felicia estalió en apretados abrazos, en besos locos, que ponía como un collar electrizante en el cuello de ámbar de Aurora.

—¡Qué tibio! ¡Qué suave! ¡Pareces de raso!

Aurora sentía como que su alma volaba por



Dejó escurrir la "combinación"...

mágicas regiones y que su carne se estremecía deseando no sabía qué.

Sus pechos se endurecían y buscaban el cobijo de los pomposos de la otra.

Un incipiente roce se inició en las dos, y sus cuerpos se unían cada vez más deseando sentirse con mayor fuerza.

Fué primero la hermosa morena la que llevó su mano al centro cálido y oculto de la rubia.

—¡Nena! ¡Nena mía!

No podía decir más; pero en los negros ojos se leía todo el poema de aquel alma torturada por el Deseo.

Felicia, al sentarse en el banquito de la caseta, atrajo hacia sí a la gentil Aurora, sentándola en sus rodillas.

—¡Mi linda! ¡Cuántas veces he soñado tener una preciosa amiga que llene esta soledad en que me desespero! Estoy desengañada de los hombres; he sufrido mucho con ellos. Con ellos no, pero con el que me tocó sí; pero deduzco que como aquél han de ser todos de zafios y groseros. ¿Cómo encontrar amor? Pues sí, al tropezarte a ti, ha sido el amor el que me ha salido al encuentro, el amor en su más bella encarnación humana.

La besó en las orejitas, con menudos besos, que estallaban en las rosadas caracolitas, aturdiendo a la virgen. Descendió a los hombros y entreabrió el descote para colocar en la suave separación de los senos los más grandes y más opresoramente largos.

Desanudó las cintas de la pamela y se quitó ella su casquetito rojo. Después se las envolvió en el cuello como áureas cadenas con las que quisiera la ataran en vida.

Ya Aurora devolvía uno por uno los besos, sintiendo que su pecho se dilataba al latir del corazón.

Felicia se vió acometida de un loco afán, y con su mano de abadesa, aquella mano blanca y pulida, tan cuidada, en la que brillaba la cristalizada gota de luz de un hermoso solitario, sacó uno de los senos puntiagudos y firmes de la mocita, y junto al brillante la roja manchita del rubí erectizado del pecho pareció otra piedra más de tesoro de encantos de la nena.

—¡Oh, qué lindo!

Besó Felicia en el jugoso piquito, succionó lujuriosa y febril; acabó por desabrochar la blusita de Aurora y extraer las dos flores de te, que oscilaron como dos flanes sobre el canesú de la camisita malva.

La aspereza de la melenita corta, rozada por aquellas regiones, escalofriaba a la muñeca, que sentía algo muy enloquecedor en el ángulo ideal de sus muslos de seda.

Felicia se puso en pie, y en un santiamén retiró su falda y su blusa; bajo la combinación crema

de ricos encajes de Almagro estallaban los pechos pomposos y altivos. La línea materna y augusta de las caderas se marcaba rotunda, preciosa.

Dejó escurrir la combinación, y con la camisita negra cortísima, que hacía destacarse más la nívea luminosidad de los brazos y la garganta, quedó victoriosa.

Fascinada quedó Aurora contemplando las hermosas piernas de Felicia, que las medias color garbanzo embuten maravillosamente y sin quitarle su línea las sensualizan más. Aristocrático es el empeine, y el pie menudo, en el estuche del zapato, se comba a un lado tentadoramente.

De su ensimismamiento la saca Felicia, que la hace levantar, y mientras la desnuda va vertiendo en sus oídos todas las mieles de su corazón.

—¡Cielo bonito! ¿Qué enigma hay en la candorosa transparencia de tus divinos ojos claros? ¿Qué ambrosía mana de la herida de tus labios, que no se calma mi afán de besarla y besarla?

Mientras los velos que cubren la escultura virginal caen como con pena de los combados hombros de Felicia, pone besos y más besos en las juveniles gracias, en los capullos de aquella feminidad naciente.

Y queda la virgen rubia con la camisita blanca y las medias albas de seda, y el inocente oro de

las trenzas se ondea sobre la popita como si la besara.

Dentro de la caseta, con las tablas abrasadas por el sol, la atmósfera es francamente de horno. Los cuerpos de las dos mujeres arden, y al juntarse en el primer abrazo, es tan intensa la impresión que se estremecen excitadísimos.

Ya los brazos se han arrollado a los cuellos en recíproca caricia, y las bocas se han juntado, al par que los senos.

Es felino el roce torturador de las dos hembras, que han alzado sus camisitas para sentir mejor el contacto de los sexos.

Un muslo de Felicia se ha colocado sabiamente entre los de Aurora y quiere como incrustarse en la cuna virginal de todas las delicias.

Fuera, el sol parece como si quisiera con sus dardos taladrar la caseta de baño y descubrir el bellísimo cuadro que tapan las tablas.

Las lenguas juegan su delirante esgrima; hay su deseo de hacer sentir y sentir en las dos divinas jóvenes mujercitas.

Se desploman sobre el banco.

... ...

Luego, al volver a la vida, se miran confusas, hasta que la sonrisa vence al pudor y en la fragancia sangrienta de las bocas la claridad simétrica de los dientes fulge como un relámpago el desenfado del moderno concepto del Amor.



la tarde declina; sobre el mar empinado en las rocas se alza el ventorrillo. En una pileta de mármol, un vivero de langostas, que a veces asoman sus largos cuernos por cima de la superficie.

Desde las mesitas se domina el mar azul, surcado en la lejanía por las mariposas blancas de las barcas pesqueras, que parecen discurrir por el inmenso pétalo de un colosal tulipán.

Varias parejas de enamorados toman cañas de cerveza, que acompañan con moluscos a la marinera y patatas fritas a la inglesa.

Felicia y Aurora contemplan la azul eterna inquietud del Mediterráneo, que aunque en aquella tarde calma y cálida del mes de septiembre no ofrece más que una ligera ondulación de sus celestes lomos, no deja de dar la impresión de un infinito monstruo en cuyas entrañas profundísimas anidan las tempestades.

El sol cayó por la parte del Montjuich, recortando en la atmósfera la trágica silueta escalofriante; sus oros doran todavía las ventanas de las torres y restaurantes del Tibidabo. Como un bosque de jarcias, mesanas, trinquetes y masteleros se ofrecen los innumerables bergantines, goletas, brik-barcas y faluchos del puerto. Un trasatlántico dijérase un palacio flotante; por sus bordas desaparecen en las bodegas, aprisionados por las grúas, barriles, cajones, fardos y maquinaria.

Las sirenas de los remolcadores y de los barcos que entran y salen en el puerto lanzan al espacio sus estridencias.

En los bloques que bate el mar dulcemente y que sirven de apoyo, amontonados como en juego de titanes en el malecón, los pescadores de cangrejos extraen, en sus palos con lazos, peludos animalucos de esta especie.

Un pescador en lo alto de una piedra sostiene una caña que parece una fusta en el aire.

Obreros con sus familias meriendan entre los bloques. Unos curas se dirigen, platicando, hacia la farola de salida.

Una mujer vestida de negro, linda e interesantísima, se besa con su novio al pasar los clérigos, y éstos aprietan el paso avergonzados.

La luna asoma su amarilla calva por el lomo de las aguas.

—Créeme, estoy asustada —decía Aurora—;

anoche se acercó a mí, en la Diagonal, y me fué diciendo cosas. Es alto, moreno y de bello perfil de moneda; pero hay algo en sus ojos que me intranquiliza; su mirada, hasta en los momentos en que parece más animado, es fría, parece cortar como un cuchillo. Créeme, estoy asustada.

—¿Pero te gusta?—interrogó Felicia, bañados sus ojos de lágrimas.

—Te diré. Es guapo, elegante; pero, ya te digo, hay algo frío, algo muy cruel en su mirada; más que amor me produce miedo.

—¿Pero te gusta?

En esta pregunta de Felicia había dolor, un intenso dolor.

Dos meses llevaban de una íntima amistad. Felicia había inspirado tal confianza a la madre de Aurora, que consentía, encantada, en que su chica se quedara la mayor parte de los días y las noches en casa de la viudita, como por tal se hizo pasar la hermosa morena. ¿Para qué describir aquellos tristes desengaños de su vida, aquellas penas que un mal hombre a quien adoraba la hizo sufrir?

Se adoraban; pero Aurora no conocía a los hombres, y, como es natural, tenía curiosidad, esa curiosidad que es el espíritu que mueve los ojos de las mujeres.

Por eso, aunque aquel hombre alto y elegante tenía cierta glacial ironía en sus ojos negros, Aurora había advinado en él al hombre, un ma-

cho que le hacía sentir algo más hondo, más brutalmente enloquecedor que lo experimentado con Felicia.

¿Pero Amor?

Amor, no; su amor era todo para la bondadísima, para la santa, para la buena que sólo ansiaba darla la mayor cantidad de placer.

Pero...

—No, no te apures; yo no quiero a nadie en el mundo como a ti; me has dado tan buenos ratos, he pasado tan divinos instantes en tus brazos, que nadie, Felicia mía, podría hacerme olvidar el embrujado sortilegio de tus brazos.

La luna ascendía, curiosa, en el cielo y trazaba en el mar un camino de oro que, poco a poco, se tornaba argenteo.

Abandonaron el restaurante de los muelles y, por el rompeolas, se dirigieron a la bocana. Una luz verde se alzaba al final de la muralla y, al otro lado, una roja limitaba el otro brazo del puerto.

Era el puerto, visto desde allí, como una sinfonía de luces de todos colores: unas, quietas, trazando en las aguas reflejos serpentinos, movibles y fantásticos; otras, movibles, dejando una estela en los negros cristales procelosos.

Realmente maravilloso era el espectáculo de la ciudad. Las calles se señalaban, en la mancha difusa del caserío barcelonés, por el rosario as-

cendente de las luces hacia la montaña. Toda ésta estaba sembrada de estrellitas de oro.

Iban cogidas del brazo; la brisa del mar ceñía sus ropas, y las rotundas caderas de Felicia contrastaban con las más delicadamente estilizadas de Aurora. Lucían los claros ojos de la virgen rubia, y los negros de la morena mujer bebían en el manantial de sus tranquilas claridades.

Felicia acercó sus labios al oído de Aurora, musitando como un eco:

—Te adoro, Aurora mía; te quiero con toda mi alma y he de lograr librarte de esa sugestión que ejerce sobre ti ese hombre misterioso que te sigue. No, no quiero que seas de nadie más que mía. Tú no sabes qué bestia tan mala son los hombres; abusan de nuestro corazón, se ríen de nuestros sentimientos y, cuando están seguros de nuestro cariño, lo desdeñan como un pingajo.

—Pero dime—preguntó la rubita, mirándola con el asombro luminoso de sus bellos ojos claros.

Quedó Felicia callada unos momentos; después murmuró como un eco:

—¡Verdaderamente, qué sé yo de esas cosas! Ruego a usted que se retire!

Aurora apretó el paso; pero el perseguidor, de dos zancadas, se puso otra vez a su lado.

—Usted perdone; tiene que oírme; es necesario que oiga mi súplica; si la cara es el espejo del alma, usted tiene que ser buena, muy buena, porque es muy bonita, excesivamente bonita.

Aquella música de las palabras iba, sin querer, ganando poco a poco su corazón.

El corazón de la virgen temblaba de emoción; la naturaleza triunfaba, y ya la deliciosa rubia iba sintiendo unas ganas locas de mirar cara a cara al hombre de los ojos irónicos, al galán de la mirada de acero empavonado.

De una ojeada se dió cuenta de que, efectivamente, su examen de los primeros días no había sido equivocado. Era un buen mozo, gallardo y

elegante. Sus dientes, al sonreír, deslumbraban de blancos. Pensó en Felicia. ¿Sería verdad que todos los hombres eran unos pillos, unos tíos sinvergüenzas? ¿Por qué?

El galán siguió vertiendo sus madrigales:

—La quiero a usted, y es necesario que me atienda, que se dé cuenta de este afán torturador que me tiene loco.

La tomó por un brazo. Ella no supo o no pudo desasirse.

—Sí, loco, loco; y si usted no me hace caso, haré una barbaridad.

La presión del hombre era agradable, muy agradable, tanto que Aurora sentía un inefable placer con sentirse agarrada de aquel modo.

¡Oh! ¡Qué dulce y qué brusca era la mano del hombre!

¡Si Felicia lo viera!

Como una perdiz que se aplasta en el suelo a la llegada del cazador, así Aurora agachó su dorada cabecita y escuchó la canción de amor del caballero.

—¡Qué buena es usted! ¡Qué buenísima! Mi corazón no sabe expresarle todo lo que siente por el dique de mi emoción. Levante los ojos y míreme. Verá usted cómo lee lealtad en mi mirada. Yo no sé qué siento en este instante tan ideal de mi existencia. Su juventud, la fragancia

de esas carnecitas invaden mi sentido y me alucina. Mírame, nenita, mírame.

Aurora lo miró y le parecieron dos estrellas fulgurantes los ojos del galán.

No, no tenía razón Felicia; los hombres decían cosas muy bonitas y, además, tenían en su contacto algo que las mujeres no poseían.

Ya eran varias las noches que el perseguidor había tratado de hablar con Aurora, que a tales horas volvía de una academia de corte, donde acudía para aprender el oficio; la pensión de la madre no era suficiente para atender a las necesidades de la vida, y quiso ayudar en algo a la casa; le ofrecieron que cuando supiera le darían un puesto de encargada en El Siglo. Felicia trató de hacerla aceptar varias veces algunas cantidades; pero la rubita se negó siempre a tomar dinero, no pudiendo rehusar los regalos de alhajas de su amiga, por no desairarla y causarla un sincero pesar. Pues todas las noches anteriores pudo zafarse del galanteador; pero aquélla no pudo sustraerse al conjuro de la música implorante y tierna del doncel.

Y quedó presa en las redes de un amor natural, de un amor que a ella le parecía más sabroso que el que Felicia despertara en su alma.

¡¡Ingrata!!

Dónde vas, hijita?

—A casa de Felicia.

—¿A qué hora volverás?

—No sé, porque tal vez cene con ella.

—Entonces te espero a las once.

—No, no; si a las diez no estoy aquí, es que me quedo allí a dormir.

Mentía, mentía, y en sus ojos claros no se adivinaba la menor huella de la fea mentira.

La pobre madre adoraba en ella, la quería y tenía tal fe en su nena que la creyera siempre incapaz de la menor falsía.

Aurora eligió la camisa negra, que realzaba más su áurea belleza y bajo la cual la piel tenía un delicado color de flor de te; las medias, gris plomo, que daban a las piernas tonalidades excitantes; los zapatitos de charol, de trabilla y alto tacón.

El traje, una tuniquilla gris perla.

El sombrero, un casquete de fieltro negro, bajo el que las trenzas brotaban como dos manantiales de oro, como dos rayos de sol, como dos hacecillos de tostadas espigas.

—¡Nena!—exclamó él al verla aparecer desde la esquina de la calle Mayor, de Gracia—, creí que ya no venías.

Ella le miró a la cara y escondió sus pudores, bajando después los ojos al suelo.

Sabía a lo que iba, y para eso se había esmerado en su arreglo íntimo. No sospechaba dónde, pero sabía a qué.

El hizo seña a un auto que pasaba y la ayudó a subir.

—Al Chalet—indicó al chófer.

Se acomodó junto a la preciosa rubita, cuyos ojos brillaban de inquietud, quizá de un poco de curiosidad también.

La tomó de la cintura y la besó en la boca.

—¡Ah! ¡Déjame; puede volver la cara el chófer!

—No, no lo creas; ¡sabe dónde vamos!

Sonrió enigmáticamente, con tal presunción, que si ella le hubiera descubierto le pesara aquel paso que daba.

Doblaron una esquina y el auto se paró frente a una puerta grande. El conductor tocó la bocina, y la puerta giró sobre sus goznes. El auto

penetró en un patio, parándose junto a una cortina de lona, que sostenía un rapaz de unos doce años, con la que tapó la salida del auto.

Aurora descendió avergonzadísima. El la tomó del brazo y penetró con ella en un amplio zaguán embaldosado. Un hombre alto con tipo de guardia civil retirado les salió al encuentro.

—Una habitación.

—De cinco.

—Sea.

¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Qué pensaría de ella aquel señor!

¡Pobre Aurora! No sabía que tal clase de seres, tan utilísimos a la salud de las repúblicas, no piensan en aquellos instantes nada más que en las propinas que pueden dejarlos los viajeros. ¿Podremos llamarles así? Viajeros de Citerea.

Siguieron al encargado por un corredor y entraron en una habitación que éste abrió.

Dió Ramiro, que así se llamaba el novio de Aurora, vuelta al conmutador, y un farolito japonés iluminó una reducida estancia que servía de entrada a una alcoba; esta antesalita era reducidísima y estaba en su totalidad ocupada por un diván de terciopelo rojo, ancho y alto, lleno de cojines de cretona estampada en los que se representaban escenas holandesas, niños y animales; la ingenuidad de los detalles ornamentales discrepaba del fin a que se destinaban los cojincitos. ¡Cuánto mejor no hubiera sido reproducir en ellos escenas de la Mitología galante, momentos del Decamerón o algunos de los escarceos que hicieron famosos a los juerguistas emperadores romanos!

De este exiguo saloncito se pasaba, como se apunta anteriormente, a una alcoba, que aunque nada tenía de principesca, no dejaba de ofrecer un panorama encantador para el que buscaba acomodo a sus ansias de placer.

Una amplia cama baja, de madera oscura. Dos sillones forrados, un gran espejo sobre un mueblecito estilo Imperio, la mesilla de noche y una sillita baja de rejilla.

De la alcoba se pasaba al cuarto de baño, instalación higiénica moderna.

Sobre unos soportes niquelados, dos repisitas de cristal con los cepillos y el frasco de agua de Colonia.

Aurora, al entrar, se arrojó sobre el diván y escondió la cara entre los cojines. Ramiró cerró la puerta por dentro y se volvió hacia ella; se acercó y procuró animarla.

—¡Nena, nenucha mía! Levanta esa divina cara y óyeme... ¡Te quiero! Te quiero y mi carne arde de deseos locos de poseerte. Pero no, no quiero penetrar la sagrada flor de tu virginidad sin antes ungir con mis besos todo el divino tesoro de tus fragantes carnecitas.

Con delicadeza la despojó del casquetillo de fieltro y en los áureos cabellos puso el primer beso, un beso fraterno, un ósculo de paz, en el que si había pasión, estaba todavía contenida por un temeroso respeto.

Se sentó a su lado y la tomó de las manos. Suspiró la deliciosa muñequita, y el suspiro enarcó su pecho.

Tras de sus pupilas temblaba la más enorme interrogación que se hace en toda su vida la mujer.

¿Qué sería aquello?

Sus nervios parecían deshacerse en la espera.

Besaba en la boca Ramiro en macho, con casi montaraz fiereza, y en aquel beso gustó la muñeca más placer que en todos los que Felicia le diera en toda su amorosa locura.

Sus brazos se elevaban al cuello del novio y su boca devolvió el beso.

Entonces la ayudó a quitarse el trajecito gris y, cuando quedó con la camisita negra y las aceradas medias tirantísimas, se arrodilló ante ella y como en una oración rezó ante la encantadora imagen:

—*¡Dios te salve, Aurorita, llena eres de gracia!*

La oración terminó y el beso se abrió camino entre la sedosa cerrazón de los muslos durísimos. La camisita le cubría a él la cabeza, que se perdía entre las incomparables piernas de la mocita.

Gozaba Ramiro sintiendo la sedosa aspereza de las medias en las mejillas; buceando, su boca llegó al tibio altar, que era como un nido de brizas de oro.

En su arrobamiento, ella veía que, al igual que Felicia, la caricia de Ramiro discurría en idéntica forma.

¿Era aquello lo que esperaba del hombre?

No.

Ramiro continuó su escarceo. Aurora se debatía en los prolegómenos del placer, y cuando ya su razón se perdía en nubes de rosa y oro, Ramiro se alzó del suelo y entre los muslos que agitaban la borrasca del advenimiento del espasmo se incrustó viril.

Fué un agudo dolor que la hizo esquivar la parte herida, para ofrecerse después más pasivamente propicia.

¡En el segundo ataque sufriendo gozaba! Le parecía que aquel aguijón que se adentraba entre la ardorosa copa de su virginidad hollada llevaba un bálsamo que al herir cicatrizaba. ¡Oh, qué extraña sensación, dolorosa y placentera! ¡Que no acabara nunca! ¡Ah! ¡EL HOMBRE! Se desvaneció con la intensidad del placer logrado.

Repitieron en el lecho lo que en el diván ha-

bían realizado, y, loca, la muñeca no se cansaba de pedir:

—¡Más! ¡Más! ¡Ramiro mío, un poquito más!

¡Sí, amor, voluptuosidad era aquello! Jamás pudo suponer que existiera un dolor deleitoso. ¡Qué extraña paradoja!

Cuando aquella noche llegó a su casa, dadas las diez y media, su madre había cenado; tuvo que tomar un poco de fiambre, queso y un café con leche que le preparó la autora de sus días.

Al quedar entre las sombras de la alcoba, cuando su imaginación voló por los paraísos que su carne recorrió aquella tarde, al establecer comparaciones, Felicia conservó su cariño, su adoración y su agradecimiento; pero la sacudida de todo su ser al evocar los momentos pasados en la casita misteriosa le dijeron bien claro que en sus nerviecillos, en su sexo, mandaba ya el hombre.



La besaba, y en los ojos de Felicia brillaban unos diamantes del dolor.

—No, no me lo niegues, a ti te pasa algo; no eres la misma; tus besos no son como los de antes. En tus brazos no existe aquella loca presión que me hacía desfallecer de goce. Aurora, nena mía, muñeca de mi corazón, dime: ¿qué tienes?

—Te digo que nada, qué manía te ha dado, hija.

—No, no es manía; es que te observo y reconozco que ya ni cuando te acaricio tu espíritu está conmigo. Me devuelves los besos por lástima, por compasión, quizá por, lo que sería peor, por agradecimiento. No, vidita, no, no eres la misma deliciosa loquita de antes que venía todos los días a mi casa ansiosa de gustar el placer que mi delirio le ofrecía. Algo que me ocultas, algo que no quieres decirme te pasa. ¿Por

qué no tienes para mí la confianza que antes? No, ya no eres mi diablillo rubio torturador que a cada instante me ofrecía el vellón áureo de su feminidad para saciarlo con la voraz y deleitosa caricia del mío.

—¡Felicia!

En la mirada de Aurora no había ya más que compasión, quizá, como decía muy bien Felicia, agradecimiento. Este sentimiento tan noble en la vida, en otra clase de revelaciones, en amor, es un poco deprimente; por eso Felicia no quería ser objeto de él.

La muñequita trató de calmarla dándole besos, acariciándola tiernamente; pero, efectivamente, su espíritu estaba en otro lado, cerca de aquel hombre que arrancaba de sus nervios sensaciones más intensas, más nobles, más profundas, más delirantes, MAS NATURALES.

Le parecía a Aurorita que le engañaba, que le era perversamente infiel, a él, tan bueno, que la tarde anterior le había pedido su pulsera de brillantes, aquel fastuoso regalo de Felicia, para añadirle un brillante gordo en el centro.

—No, Felicia, no es que te haya dejado de querer; es que llevo unos días enfermita, sin ganas de nada. Cierta pesadez en la cabeza; quizá hemos abusado mucho...

—¡Pero si hace lo menos cinco días que no vienes por aquí! So malita.

Felicia hizo sentar a Aurora en sus rodillas, la besuqueó golosa, hundió sus manos entre el escote, queriendo reanimar aquellos nerviecillos que veía cada vez más fríos.

Loca, se prendió a su boca. No quería renunciar a aquel amor que era para ella ya como una razón de vida, porque no era solamente necesidad de su carne, sino de su espíritu.

Poseída de extraña fiebre, intentó por todos los medios de excitarla. Felinamente, como una voluptuosa gataza, se rozó con ella hasta que, deslizándose, buscó el sitio más vulnerable.

—No, quita; no, no tengo gana.

—¡Oh! ¡Qué horror! ¡Después de cinco días! ¡No, ya no me quieres!

—Sí, te quiero; pero déjame.

La tarde discurrió tristísima. Tomaron el te juntas y a la hora de cenar Aurora se despidió de su amiga.

—¿Por qué no te quedas?

—No he avisado en casa.

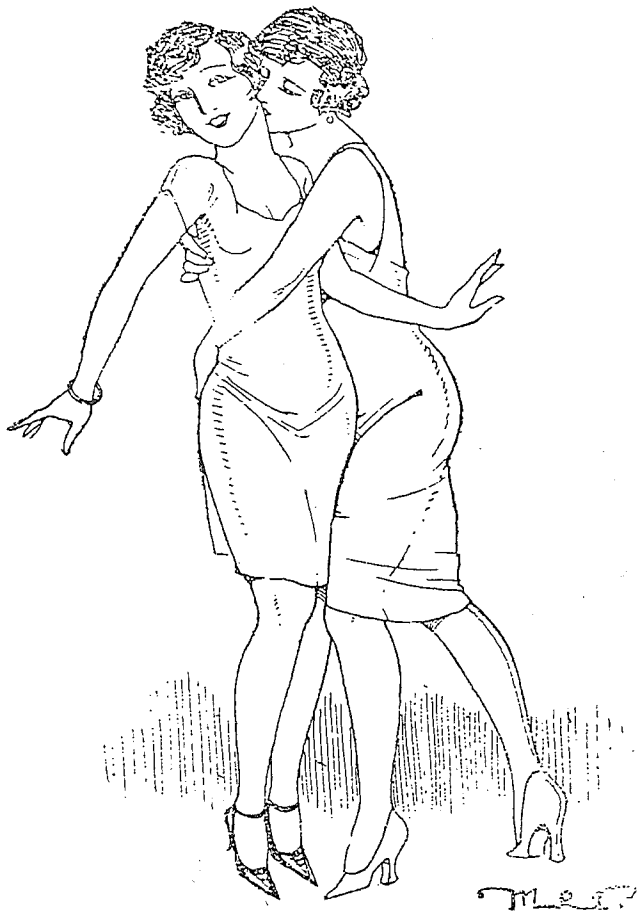
—No importa; mandamos una chica.

—No, déjalo; estoy cansada.

—Como quieras—accedió desolada Felicia.

Al cerrar el portón dos lágrimas rodaron por las mejillas de la morena.

—¡Ah! Yo he de saber quién me ha robado el cariño y los besos de mi muñeca.



Trató de calmarla con caricias.

Ultimos de octubre. Lloviznaba. La ventisca barría algunas amarillentas hojas que caían de los árboles. Felicia, con su impermeable negro y su gorrito de hule, se metió en el vestíbulo del cinematógrafo; desde allí descubriría a Aurora, sin que ésta notase su acecho.

Las seis y media; a tal hora sabía se encaminaba la mocita al taller de corte donde acababa de aprender los últimos detalles del oficio.

Se retrasaba; eran las siete menos veinte.

¡Por fin! Con su gabardinita y sus botitas altas que aprisionaban el tentador tobillo y tocada la rubia cabecita con una boina vasca apareció por la desembocadura de la calle de la Granada. Descendió por la acera del cine, pasando a dos pasos de ella.

¡Iba tan preocupada! Seguramente pensando en el galán que más abajo la esperaría.

Sintió celos y odio hacia todos los hombres, unos celos sordos, desesperados, que oprimieron su corazón.

La siguió como a unos diez metros; pronto de un portal vecino salió un hombre. Felicia estuvo a punto de caer al suelo desvanecida.

¡¡Su marido!! ¡¡Ramiro!!

¡Pero!

¡Sí! ¡El! El, que se acercó a Aurorita y la tomó del brazo. La mocita se alzó sobre las puntas de los pies y le dió un beso en la boca.

¡Qué horror! ¿Sabría él?

Lo que menos podía esperar ella era que la casualidad hubiera llevado al marido junto a su adoradísima muñeca. ¿No sería que, siguiendo su pista, descubriera su amistad con Aurora y tramara alguna venganza?

Felicia se quedó un momento paralizada; pero, reaccionando, trató de seguir el camino de los enamorados, que en aquel momento llegaban al Paseo de Gracia.

Iban amartelados, mirándose a las pupilas y pegaditos, muy pegaditos. Una honda cólera invadía a la hermosa morena, una cólera terrible y un odio satánico hacia aquel maldito hombre, que no sólo le derrochó todo su capital, sino que ahora venía a robarle su corazón. ¡Ah, qué cruel destino el suyo!

Conocía a su marido, y sabía que en tales lides sabía llegar a definitivos resultados; no le cabía la menor duda que si Aurora no cayó en sus brazos, poco faltaría para que diese el paso hacia el abismo; porque no le cabía duda que tan charrán como había sido con ella lo sería para la adorable nenita, para su adoradísimo angelito.

Ramiro hizo seña a un auto que pasaba y subió tras Aurora.

En la retina de Felicia quedó clavada la piernecita embutida en la media barquillo que al subir dejó al descubierto la nena.

¡Fatalidad! ¡Terrible fatalidad! En aquel momento no se veía ningún taxis por los alrededores, y Felicia, con el corazón destrozado, vió cómo se alejaba el que ocupaban los dos amantes; hacia la momentánea felicidad ella; él seguramente a destrozar con un placer sádico incalificable una existencia más. A llenar de terribles desengaños el corazón virginal de una criaturita. ¡Qué horror! ¿Qué monstruo era aquel hombre?

Se quedó parada en la acera, con los ojos llenos de lágrimas, viendo cómo en la lejanía de la Diagonal el auto se perdía, torciendo una esquina, en dirección a la montaña.

Paso a paso, despacio, sintiendo los puñales del más atroz desconsuelo, se dirigió a su casa. ¡La cosa no tenía remedio! ¡Quizá!

Bueno, dime la verdad; no seas tontita. ¿Tienes novio, verdad?

Felicia la preguntaba como si no supiera nada; quería oír de labios de Aurora la revelación.

—Te diré...—comenzó la otra.

—Sí, no me lo niegues. Vamos, ten confianza en mí; ya que no pueda ser tu amor, permíteme que sea tu hermanita mayor.

—¡Eres más que mi amor! ¡Eres la más santa de las mujeres!

En aquella frase halagadora estaba toda su confesión; por esto escondió el rostro en el regazo de la otra, como la que cometió una falta y no tiene valor para reconocerla.

—Lo sé, vidita, lo sé; pero quiero que me lo digas tú; mis ojos pueden haber sufrido una alucinación.

Hipó dolorosamente Felicia y besó en los ojos de Aurora, que el llanto enrojecía.

—Sí—balbuceó—, sí; tengo novio.

—¡Por fin!

—Un novio a quien quiero mucho, pero de otra manera que a ti; no es mi sentimiento hacia él tan delicado como el que a ti me acerca. Pero le quiero.

—¿Tú conoces a ese hombre?

—Hace un poco tiempo que le trato. Sólo sé que es empleado de una fábrica de Sarriá y que en cuanto le asciendan me hará su esposa.

—Dime: ¿Te arregló la pulsera?

—No; todavía no.

—Pídesela.

—¿Por qué?

Al preguntar así, Aurora se irguió un poco ofendida; creyó adivinar algo ofensivo para su novio.

—Por nada.

—¿Es que quieres que te la devuelva?

—No, vidita, no.

—¿Entonces?

—¿Tienes absoluta confianza en ese hombre?

—Sí. ¡Pero me asustas!

—No; hablemos de otra cosa.

—No; sigamos hablando de él. ¿Por qué me alarmas de ese modo? ¿Es culpa mía el haberme enamorado? No sé qué extraña sugestión ejerce

sobre mí ese hombre, que siento que ya sin él mi vida sería imposible. Bruja es su mirada; hay en sus labios algo que anula la voluntad; a su lado toda mi carne palpita; mi corazón late más acelerado y una dulzura sin igual hace flaquear mis piernas. ¿Me pregunta si le quiero? Mucho, muchísimo, tanto como a ti y a mamá; pero si él quisiera, estoy segura que le seguiría aunque para ello os tuviera que abandonar a las dos.

Como agudos estiletes penetraban en el corazón de Felicia las palabras de la muñeca. En aquel atardecer de otoño, engalanado el cielo con triunfales pompas vespertinas, palmas victoriosas eran las nubes, nidos de áureas vedijas, desgarrones de púrpura, y todo esto este fantasmagórico apoteosis solar se entraba por el ventanal del gabinete de la hermosa y enamoradísima Felicia, ensangrentando los muebles, bañándolo todo con la regia agonía del padre Sol.

Como moría en el cielo el astro rey, moría en su corazón toda esperanza; ya no era suya aquella cabecita de oro de asombrados ojos claros y largas trenzas de princesa alemana; ya en el corazón de la nena había otra imagen más reciamente clavada. ¡Oh! ¿Por qué?

Trató de ver si despertaba en ella otra vez el deseo; la besó con delicadeza en las rosadas orejitas, en la grana húmeda y sana de la boca, en el cuello,

Aurorita se dejaba hacer con una pasiva tranquilidad, pero en la que, más que nada, había agradecida condescendencia.

Siguió la otra sus besos por todo el cuerpo; la hizo caer en el gran diván turco, repleto de cojines, y, loca, inició por los muslos la más tierna caricia. Sus manos recorrían las carnes de la muñeca con epiléptica osadía. Ya los besos eran de lujuria rabiosa, casi sádicos.

Aurora murmuró:

—¡Me haces daño!

Pero Felicia insistía, como queriendo recuperar aquella presa que se le escapaba por la puerta de otro más natural amor.

En aquel momento sintió nacer sobre su sexo estremecido un atributo más [illegible], más agresivo. Hubiera dado su alma por haber sido lo que ella tanto odiaba: por haber sido HOMBRE, aunque no fuera más que por un solo instante.

Aurora le dejaba hacer, sus ojos se perdían entre las entornadas pestañas y su pensamiento recorría otros sitios donde tan feliz había sido en brazos del HOMBRE.

Ni el más ligero estremecimiento arrancaba en ella el ardor lesbiano de la bondadosísima, y ni al caer sobre ella la otra, loca, febril, excitadísima, logró arrancarla de aquel marasmo, de aquella inercia.

Aunque ella dió rienda suelta a los manantia-

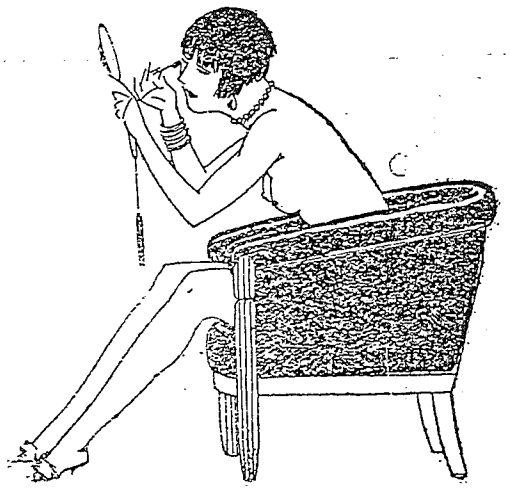
les de Eros, comprendió que Aurora se había quedado lo mismo que cuando entrara en el gabinete.

Su fracaso la desesperó más.

¡Ah! Pero no; no era para ella; pues tampoco sería para aquel bribón.

Brillaron sus ojos negros como dos puñales en la noche.

Felicia había tomado una resolución; una determinación heroica, a la que la empujaba más que su pasión carnal, la piedad de que estaba lleno su corazón y el puro amor del espíritu a su amiguita, a su adorada muñequita rubia.



Sabía que estabas en Barcelona y te he mandado buscar.

Ramiro sonreía con esa petulancia ridícula del que se cree adorado.

—Sí, estaba seguro de que no podías estar mucho tiempo sin mí. Pero dime. ¿Cómo hiciste aquello? ¿Qué bicho te picó para dejarme de la noche a la mañana? Me parece que no hubo un motivo serio.

—Uno serio, no; pero muchos graves, sí.

—Vamos, tontita. ¿Con quién vas a estar tú mejor que con tu maridito?

Se acercó a ella.

Felicia, heroica en el sacrificio, le dejó que se aproximara.

La tomó de la cintura y la besó en los ojos. Resistió la mártir; había que llegar hasta el fin.

—Yo siempre te he querido. ¿Que he sido un

poco loco y que no he acertado en los negocios que emprendiera? No fué culpa mía, sino de las circunstancias. ¡Qué más hubiera querido yo que hacer millones!

—Mira, Ramiro, no hablemos de esas cosas; te he llamado porque no me hago a vivir sola.

—¡Qué orgullosa! No te atreves a decir que porque me quieres.

—Sí, porque te quiero. Pero te voy a pedir un favor.

—Lo que tú pidas.

—Esta misma noche salimos de Barcelona.

—¿Por qué tal prisa?

—Siento unos deseos locos de vernos en Madrid. Me aburro en esta ciudad.

—Pero si hay sitios muy lindos.

—No, no; sé bueno; es lo primero que te pido; vámonos a Madrid.

—Como quieras.

—¿Tienes dinero para los billetes?

—No; no debe de alcanzarme.

—Pues toma.

Felicia sacó de un cajoncito de su escritorio cuatrocientas pesetas y se las entregó a Ramiro.

—Anda, vé a tomarlos.

—Pero...

—Sí, vé; no vaya a ser que no tengamos plaza mañana.

Salió Ramiro.

Felicia escondió la cara entre los cojines sollozando.

—Sí; por ella; alejémonos antes que no tenga tiempo la pobrecita de encontrar quien cubra lo que ese mal hombre puede haberla hecho. Cuando se dé cuenta de que ha sido abandonada, llorará, sufrirá; pero es preferible a que no pueda resolver su vida de una manera honrosa. ¡Por ella, sí! Por mi adorable muñequita rubia sufriré a ese canalla un poco de tiempo; después huiré de su lado. ¡Que ella sea feliz, que ese mal hombre no llegue a explotarla, que es lo que seguramente busca; es preferible que lo haga conmigo; yo ya le conozco y sabré llegar hasta donde me convenga; pero ahora, sobre todo, alejarlo de ella, quitar la probabilidad de que haga una víctima más! ¡Pobre Aurora mía! Eso viniste a ser en mi vida después de la lóbrega noche de mi matrimonio. Pero ha sido tan corta, tan limitada, que no sé si ha sido un sueño o una realidad.

Se limpió los ojos, se arregló un poco delante del espejo y salió a la calle, después de atusarse un poco y colocarse un sombrerito negro y un abriguito de piel.

Su pena la hacía más interesante, la palidez del semblante destacaba sobre el cuello mongolia del abrigo. Los ojos, sus imponderables ojos, fulguraban.

¿Por qué el destino la separaba de su Aurora?

Sí. SU AURORA, su aurora de luz áurea que la hizo soñar que todavía su vida tenía arreglo. ¿Qué fatal casualidad hizo que se encontraran el verdugo de su existencia y la esperanza de su porvenir?

Apretó el paso; como borracha, se daba encontronazos con todos los que pasaban.

Sí; quería despedirse de ella, decirle adiós, besarla por última vez, sentir la fragancia de aquella boca que tantas amarguras borró de su alma.

Era que estaba condenada a no ser feliz. ¡Quizá sufría el castigo de otras encarnaciones anteriores!

Llegó a la torrecita donde vivía su muñequita querida.

Llamó impaciente en la puerta. El aldabonazo resonó en su corazón como un tiro. Le parecía que en aquel momento se suicidaba, que mataba todas sus ilusiones, todas sus esperanzas. ¿Qué le reservaba el porvenir ya?

Luego, el martirio de tener que vivir algún tiempo con quien tan odioso le era.

Abrió la misma Aurora.

—¿Tú aquí? ¿A estas horas?

—Sí; a despedirme de vosotras.

—Pero...

Pasaron al interior, tomadas de la cintura.

La madre salió al encuentro.

—¡Felicia! ¡Tanto bueno!

—A decirles a ustedes adiós.

—¿Pero se marcha fuera?—preguntó, alarmadísima, la mamá de Aurora.

—Sí; esta noche.

—¿Tan rápido?

—Unos asuntos me reclaman en Madrid.

—¿Por mucho tiempo?

—Sí...

Felicia contenía las lágrimas a duras penas, y cuando se quedó sola con Aurora dió rienda suelta al divino manantial del más triste y desconsolado de los dolores.

—Sí. Adiós, nena, adorable muñeca mía; me voy con el alma rota, desolada, muerta.

Y cuando ya en la puerta se dieron el último beso, Felicia vió que, a pesar de que los momentos eran patéticos, la muñequita, que no se daba cuenta del enorme sacrificio que la hermosa Felicia hacía en aquel momento, estaba, como siempre, distraída, con el pensamiento lejano, como desde que conoció al mal hombre que la obligaba a seguir más tiempo por el calvario de su matrimonio.

FIN